

# MARGINALES, PERISFÉRICOS, PARIAS, POBLACIONALES...

*Una Aproximación al Concepto de Sujeto  
Popular-Marginal Urbano*

**AUTOR: CRISTÓBAL ORTIZ C.**

2009

## RESUMEN

En este artículo se establecen, de acuerdo a los ejes del conflicto social, ciertas bases y características de los sectores populares-marginales urbanos, analizando su conformación como sujetos políticos o actores de cambio. Se aboga por el concepto de popular-marginal en la medida en que éste nos permite identificar un grupo social amplio conformado desde lo popular pero con características vinculadas a una extrema exclusión en el sistema social. Luego, se analizan las formas de inserción del sujeto marginal en el proyecto popular para finalmente reflexionar sobre las actuales condiciones que lo definen hoy.

**PALABRAS CLAVE:** SUJETO MARGINAL, MARGINALIDAD URBANA, MOVIMIENTO POPULAR, EXCLUSIÓN SOCIAL

## ABSTRACT

In this article are established, in agreement with the axes of the social conflict, certain bases and characteristics of the marginal-popular sector in urban areas, by analyzing their conformation as political figures or actors of change. The concept of marginal-popular it is used to identify a broader social group integrated by a popular socioeconomic status but with characteristics vinculated with an extreme exclusion of the social system. Later on, it is analyzed the ways that this marginal subject are inserted in the popular proyect to finally think over about the actual conditions that defines it nowadays.

*“Los nadies: los hijos de nadie, los dueños de nada.  
Los nadies: los ningunos, los ninguneados,  
corriendo la liebre, muriendo la vida, jodidos, rejodidos.  
Que no son, aunque sean...  
Los nadies, que cuestan menos que la bala que los mata.”*

**(Eduardo Galeano, Los Nadie)**

## **I. Introducción. *Hacia una conceptualización de “lo marginal”***

La existencia o no del concepto de marginalidad -como toda idea que atiende a un conflicto social- no ha estado ausente de contradicciones en las esferas académicas, ya sea para asumir su existencia como un *continuum* o como un fenómeno transitorio, como producto de fuerzas históricas o como causa de irregularidades en los sistemas de integración, o como un complejo sistema socio-cultural sin solución aparente en contraste a visiones que incluso niegan la existencia de los llamados *parias* o *marginales*. De cualquier manera, hay al menos un cierto consenso académico sobre la existencia de un grupo social que no está o no forma parte de ciertas relaciones políticas y económicas en comparación con una mayoría social que, en teoría, sí interviene en esas relaciones estructurales. Ahora bien, que dicha idea apele afectivamente a la posibilidad de establecer el concepto de marginalidad, es lo que ha estado durante varias décadas en tela de juicio. Dado esta situación, es posible agrupar esas divergencias académicas sobre dos grandes dimensiones para entender la marginalidad social: la teoría conservadora-institucionalista y la teoría crítica.

En este sentido, la primera señal que tomaron gran parte de las corrientes académicas conservadoras de la sociología pero principalmente de la historiografía, fue la de negar sistemáticamente la existencia de la marginalidad y los sujetos marginales como parte residual permanente de un sistema social que si bien incluye a unos, a la vez, excluye a otros de los beneficios colectivos de la sociedad. En su reemplazo, se sostuvo la existencia de “lo marginal” como parte de un proceso transitorio de la sociedad, como un “algo” que debe ser sujeto de reacomodo y que requiere el apoyo de las instituciones de Estado para su “integración”<sup>1</sup>. Se asumía de hecho, que la existencia de la marginalidad no existía como tal sino que está sólo se podía entender como una ausencia

---

<sup>1</sup> Al respecto ver documentos emanados del Centro de Investigación y Acción Social de la DESAL (Desarrollo Social para América Latina).

de integración. De esta forma, en la década de los 60's en América Latina, tomó mucha fuerza el complejo conceptual *marginalidad social/integración social* donde los procesos de modernización ligados a los programas de sustitución de importaciones (SSI) iban a ser claves en la desaparición de una masa marginal que debía sumarse a las distintas esferas del progreso social. Se podría decir que existe en estas corrientes académicas una suerte de positivismo social, que queda de manifiesto en lo señalado por Enríquez (2007) cuando aclara que esta forma de entender el conflicto social requiere “*por un lado, la buena disposición de los incorporados para abrir sus puertas e integrar a todos y; por el otro, en la capacidad de presión que puedan ejercer las organizaciones de los marginados*” (p.62).

En la vereda opuesta, la perspectiva de la teoría crítica considera la marginalidad social como un conflicto histórico-estructural vinculado a las relaciones productivas de la sociedad (Baño, 1982). Por consiguiente, la dimensión analítica sobre la cual se sustentan las dinámicas de los marginales está fuertemente determinada por las distintas fases que va asumiendo el sistema económico y político hegemónico capitalista. Es decir, la marginalidad es entendida como “*consecuencia lógica del sistema capitalista mundial que afecta de manera contundente a los países dependientes, en la medida que favorece la concentración de poder y riqueza en manos del capital y, deja a una parte creciente de la población fuera del empleo estable y la protección social*” (Enríquez, 2007: 63). El sujeto marginal, entonces, podría describirse como un constructo social causado por las inequidades estructurales del capitalismo y cuya integración a la sociedad no es posible en tanto el modelo de relaciones económicas persista en el tiempo. No obstante esta definición, existen diferencias en la forma de abordar las determinantes que influyen en los sujetos marginales, fundamentalmente, por la importancia que se le otorga a las variables de tipo económicas en desmedro de variables que apuntan más bien hacia una posición socio-cultural del conflicto suscitado.

Las definiciones que sitúan predominantemente al sujeto marginal como producto de las contradicciones del sistema económico, hacen referencia al sujeto marginal como aquél que está fuera del sistema de producción de bienes y servicios; estas definiciones poseen una raíz común en la teoría Marxista del *ejército industrial de reserva* (Marx, 1980). Para Marx, existía en el capitalismo una tendencia a generar excedente de mano de obra industrial, que favorecía la existencia de una masa poblacional subempleada cuya funcionalidad permitía a los capitalistas de grandes fábricas mantener una reserva de

trabajadores para utilizar en caso de crisis. Enríquez (2007), resume esta situación en tres grandes ventajas que obtenían los capitalistas en la existencia de desempleados o desplazados: a) la sistemática reducción de los salarios al intensificarse la competencia entre los trabajadores; b) el hacer uso de la masa marginal en caso de necesidad de mayor producción; y c) disciplinar y amedrentar a los obreros contratados para evitar conflictos y huelgas en las fábricas.

Se puede apreciar, en este aspecto, que el propio Marx era capaz de establecer diferencias de actores dentro de la misma clase obrera, es decir, la existencia de un cierto sujeto proletario que participaba de las relaciones de producción industrial y, otro sujeto que no era necesariamente proletario al no estar inserto en ese proceso económico, al cual se le denominaba subempleado o subproletario. Es precisamente a este último al que podemos identificar como sujeto marginal tomando en cuenta sólo aspectos económicos, ya que comparte – según Marx- con los proletarios una misma clase, la clase obrera, pero que por su escasa intervención económica-social se encuentra relegado o al margen de las estructuras capitalistas. Inclusive, en las ideologías *pro-obreras* ligadas al marxismo esta diferencia se acentúa aun más, ya que la masa marginal al no estar inserta en las dinámicas de producción no participa políticamente de las reivindicaciones obreras y, por tanto, no es considerado como actor de cambio social. Al respecto, Rodrigo Baño (1982) señala que si bien hay en los obreros una apreciación de simpatía frente al subproletario en virtud de una solidaridad entre oprimidos, también pueden ser considerados como una amenaza dada la presión que ejercen en el mercado laboral y en los ámbitos de desarrollo obrero, ya que existe, además, la percepción que ciertas conductas de los subproletarios tienden a la delincuencia y a la ruptura del estilo de vida cotidiano de la familia obrera (58-60).

Por otro lado, se encuentran las definiciones teóricas que si bien comparten la crítica económica de Marx integran nuevos elementos socio-culturales a la definición de “lo marginal”. En este sentido, los estudios que han realizado historiadores como Gabriel Salazar (1999, 2002, 2006), Julio Pinto (1999, 2002) y María Angélica Illanes (2004) en Chile, o, Wacquant (2001) en Argentina, dan cuenta de una nueva forma de entender la marginalidad, ya no configurada en los dogmas del marxismo clásico -en el sentido de clase social estática- sino que apuntan hacia un nuevo concepto de marginalidad relacionado con los denominados “sectores populares” o “proyecto social-popular”. Para Salazar (1999), por ejemplo, “lo popular” se inserta dentro de una experiencia macro que

es la pobreza, es decir, los sujetos populares son pobres, pero además poseen una serie de rasgos identitarios, experiencias y organizaciones locales que desplegaron un proyecto de autonomía social de resistencia al sistema hegemónico capitalista conceptualizado por el autor como “proyecto popular” (95-99). En concordancia a esta idea, Baño (2004) agrega a la noción de pobreza de los sujetos populares la relación política con el sistema que los define: “*La condición de pobreza de los sectores populares es la característica general de todo lo popular, pero es su otra característica, su condición de dominados, lo que hace entender la constitución de sujeto populares*” (p. 40). Lo anterior, da cuenta de una nueva forma de entender la naturaleza de la exclusión y los sujetos que la integran, ya que no reduce la noción de sujeto marginal a los procesos económicos sino que asume nuevas categorías culturales de construcción social. En última instancia, el concepto de “lo popular” es capaz de aglutinar a todo un espectro social que la definición estructuralista de clase niega, al restar dinamismo y movimiento e identidad a las acciones de los sujetos involucrados. En este sentido, la propuesta de Salazar intenta sumar los elementos de la marginalidad sobre un espectro social más amplio definido en “lo popular”, dicha aseveración no niega la existencia de sujetos marginales sino que están contenidos como sujetos populares.

Dada esta encrucijada conceptual, puede resultar pertinente integrar ambas nociones (marginal/popular) identificando y redefiniendo a un posible sujeto popular-marginal urbano que posee sus propias limitaciones en el campo del accionar social, que participa sobre dinámicas particulares ligadas a la ilegalidad o fuera del sistema normativo social, que está en una situación permanente de extrema exclusión y cuyo lugar de asentamiento está en el mundo urbano.

## **II. Sujeto popular-marginal urbano**

Tomando en cuenta los factores analizados por Salazar para la definición de “lo popular” y la aplicación del concepto de *subproletario*, es posible intentar una aproximación a la noción de sujeto popular-marginal urbano, entendido éste como una categoría social proveniente de la construcción de sujetos marginales en la ciudad y perteneciente al proyecto popular social definido por el historiador chileno. La importancia de establecer esta categoría social radica en la necesidad de poder disgregar analíticamente a quienes intervienen en “lo popular” de modo de poder identificar sus

dinámicas propias y sus motivaciones identitarias, principalmente, porque la idea de un “mundo popular” conlleva a asociar directamente a un sinnúmero de sujetos que si bien poseen rasgos comunes -como su condición de pobreza o de dominados- también es capaz de generar una cierta tendencia reduccionista de las relaciones sociales al, por ejemplo, no dejar en evidencia las diferencias existentes entre los sujetos marginales urbanos con los marginales rurales o étnicos. Lo anterior, no tiene por objetivo disgregar políticamente ni desconocer el proyecto popular, al contrario, intenta disociarlo para efectos de poder identificar y nutrir las experiencias sociales de los distintos sujetos que intervienen en él, en donde, por cierto, la marginalidad urbana ocupa un lugar central tanto en su conformación como en su desarrollo.

Un primer elemento a determinar en los sujetos populares-marginales urbanos es la relación que establecen con su entorno más próximo, la ciudad, pero principalmente con el lugar geográfico que ocupan en la ciudad, los barrios periféricos o las *poblaciones*. El sujeto marginal vive en las poblaciones, éste es el espacio donde reproduce su carga social y el lugar que la sociedad ha destinado para ellos. El desarrollo histórico que han sugerido estos espacios geográficos en relación a la marginalidad social queda de manifiesto en una apreciación que realiza Lóic Wacquant (2001) sobre las *villas* en Argentina:

*“Las villas fueron retratadas como el ejemplo acabado del fracaso del populismo peronista durante los años cincuenta, como suerte de laboratorios para los sueños modernizadores de los años sesenta, como cunas de revolución en los setenta, como obstáculos para el progreso y como germinadores de subversión durante la última dictadura, como lugares de inmoralidad, crimen y ausencia de ley en la Argentina contemporánea.”* (p. 20)

Esta breve descripción del caso argentino, que es particularmente similar y aplicable a la experiencia chilena de las *poblaciones*, refleja muy bien la relación histórica que ha tenido la sociedad con los barrios marginales, es decir, las expectativas sociales que se han trazado sobre esos espacios. Esta relación ha estado marcada sobre la base de un utilitarismo en relación a fines sociales que traspasan la propia frontera de la población, es decir, el constructo social *población* va más allá de sí mismo y se transforma en la posibilidad de articular los deseos -frustrados o no- de la sociedad en general. Por consiguiente, poco ha importado la relación que los propios sujetos marginales,

poblacionales o villeros pretenden del espacio que los congrega, la práctica demuestra que son las aspiraciones sociales más generales las que se han logrado imponer.

No obstante esta situación, los sujetos populares-marginales urbanos han logrado dotar a ese espacio de una identidad social que sobrepasa las propias limitaciones que la sociedad ha optado para ellos. Fundamentalmente, porque para los sujetos marginales la unidad vecinal, la población, es el espacio donde tiene lugar su acción social por ser el único referente geográfico que los contiene, ya que no están insertos de manera estable en el mercado laboral y el grueso de sus relaciones sociales se materializa necesariamente con sus otros pares o próximos:

*“Contrariamente al caso de los obreros industriales, quienes encuentran su unidad social en el mismo lugar de trabajo, a partir del cual emergen de manera natural las organizaciones típicamente obreras, el subproletario sólo puede recurrir a la proximidad habitacional como marco espacial de unidad social. El colectivo que es la fábrica, es reemplazado por la <<población>>”* (Baño, 1982: 69).

Otra característica que es relevante, en este aspecto, es como la propia idea de la *población*, se ha ido construyendo como el espacio social para los marginados y, por ende, se ha transformado en el lugar institucionalizado para los pobres. Tal como lo señala Illanes (2004), el hecho que los pobres hayan asentado su unidad territorial en las *poblaciones* permitió agudizar el proceso de marginalización, al crearse redes asistencialistas desde el Estado para pobres, en otras palabras, se institucionalizó una salud-para-pobres, educación-para-pobres, municipalidad-para-pobres, etc. (221-222). Esta relación entre los sujetos marginales y las redes sociales que configura el Estado en las *poblaciones* ha sido determinante en que el proceso “residual” de la sociedad capitalista se haga patente como realidad social, ya que como agrega la propia autora mencionada: *“...levanta un obstáculo estructural al proyecto histórico de democratización social”* (Illanes, 2004: 223).

Un segundo elemento que es de importancia para la descripción de sujetos populares- marginales en la ciudad, guarda relación con la participación efectiva de éstos dentro de las relaciones económicas que establece la sociedad. Baño (1982) ha caracterizado la inestabilidad económica de los marginales como: *“mano de obra que experimenta alta inestabilidad y alta rotación en sus ocupaciones, y que trabaja indiferentemente en el sector secundario o en el terciario”* (p.46); y agrega que éstos

sujetos poseen: “escasa o ninguna calificación, niveles de ingresos propios de las situaciones de pobreza crítica, ausencia de acceso a los servicios básicos, etc.” (p.47). En este sentido, la posición que ocupan dentro del espectro económico es poco significativa, esporádica y está más vinculada a las relaciones económicamente informales o no reguladas, por ejemplo: pequeños negocios ilegales en la misma población o en lugares cercanos, vendedores ambulantes, vendedores en ferias libres de la ciudad, “maestros chasquillas”, cartoneros, “pionetas” de camiones de carga, e inclusive delincuentes, pequeños traficantes de drogas y mendigos.

Dado este escenario, se puede deducir un tercer elemento que caracterizaría a la masa marginal urbana: la naturaleza de su demanda social. La realidad social que han forjado tanto los propios sujetos marginales en sus *poblaciones* como la que ha forjado el mismo Estado y el resto de la sociedad para ellos, afecta necesariamente la posibilidad de articular una expresión social que supere las propias contradicciones a las que se expone la marginalidad como tal. Esto es, la negación de la posibilidad de expresión de demandas sociales -desde los marginados- para una mejora sostenible de su condición social. Lo anterior, no es sinónimo de pasividad social ni mucho menos de ausencia de ciertos niveles de conciencia política de los marginales, sino que está referido a que la propia condición de extrema exclusión a la cual están expuestos los sujetos populares-marginales mantiene una cierta urgencia de elaboración de demandas sociales que podrían definirse como *precarias*: “...la demanda marginal comparte la naturaleza parasitaria que presenta la demanda de la plebe en la ciudad antigua, la que exige un pan más barato exhibiendo como único título de legitimidad el hecho de su existencia” (Baño, 1982: 51).

Las causas de esta precariedad en la demanda social de los marginales urbanos, están contenidas en múltiples variables que abarcan desde su poca participación en lo económico, la poca legitimidad social que poseen y el gran nivel de exclusión que los condiciona, etc. Sin embargo, hay una característica a resaltar, y es que al parecer la demanda marginal carece de un sentido objetivo global ya que aparece desvinculada de los procesos sociales de producción (Baño, 1982). En otras palabras, al no ser la masa marginal una unidad funcional ni estructurada para el sistema productivo y social, la naturaleza de su demanda está condenada a ser espuria, indefinida, poco estructurada y de baja proyección, por ende, carece de posibilidades de expresión, de materialización y de reivindicación:

*“En definitiva, lo único que el marginal puede exhibir –aparte de sus empleos esporádicos, en los que muchas veces no se visualiza de modo claro una contribución productiva- es su propia persona y el correlato de necesidades aparejadas que, por otra parte, se mantienen en el nivel de necesidades calificables de básicas”* (Baño, 1982: 50).

Estos tres elementos descritos, definen a grandes rasgos la matriz conceptual que podría dar la pauta para caracterizar a los sujetos populares-marginales urbanos: a) la *población* como lugar de acción y unidad social, b) la inestabilidad, precariedad e informalidad de las relaciones económicas en las que participan, y c) cierta imposibilidad de expresión de una demanda social que supere su propia condición de marginalidad. En este último punto, es decir, en esta suerte de imposibilidad de expresión social, es donde se ha levantado un debate académico sobre la posibilidad de establecer a los sujetos marginales como sujetos históricos, sujetos políticos o simplemente como actor de cambio social. Por consiguiente, es pertinente revisar la condición política de los marginales ya sea a nivel de sus organizaciones o de sus acciones colectivas para identificar si es posible esgrimirlos como tal.

### **III. ¿Sujetos históricos?**

La relación de los sujetos marginales con “lo político” ha sido por siempre tema de cuestionamiento académico, principalmente, porque existen grandes dudas respecto de la condición de sujetos históricos que podrían poseer éstos. Durante gran parte de la modernidad, la filosofía liberal le atribuía al *ser* que poseía conciencia de sí mismo y capacidad de voluntad, el llevar consigo la posibilidad de cambio social y de libertad (Salazar, 1999). Asimismo, las ideologías obreras veían en el proletariado industrial el sujeto capaz de dar el vuelco histórico: *“Para el marxismo clásico, el obrero era un <<ser>> destinado a hacer la revolución. Su identidad se definía en la clase obrera, homogénea y ontológicamente revolucionaria”* (Salazar, 1999: 94). Sin embargo, llegado el siglo XX y manifestados los primeros grandes síntomas de marginalidad urbana y exclusión social en Latinoamérica, la figura de un sujeto histórico como lo habían previsto las dos grandes corrientes de pensamiento político -liberalismo y socialismo- no tenía cabida aparente en nuestra realidad social:

*“Ya desde antes se tuvo conciencia de que no resultaba fácil aplicar conceptualizaciones propias de países de capitalismo industrial avanzado a países en que éste era bastante incipiente y que tenía que tomar en consideración un sector agrícola en que las relaciones sociales estaban lejos de ser las típicas del capitalismo. (...) Las dificultades para entender la situación concreta a través de las tesis estructuralistas, así como la dinámica social engendrada a partir de la creciente presencia de sectores populares no obreros en la política, facilitó la difusión de perspectivas de análisis centrada en el sujeto.”* (Baño, 1982: 42)

Fueron precisamente estas nuevas perspectivas centradas en el sujeto, las que volvieron la vista hacia los sectores populares y marginales que se multiplicaron por las ciudades latinoamericanas a mediados del siglo XX. El desafío para la teoría se suscitaba, entonces, en cómo entender las dinámicas que imponía un sector de la sociedad que hasta ese momento había pasado desapercibido o que había permanecido relativamente oculto. Esta situación de cierta espontaneidad en la aparición o en la capacidad de emerger frente a la resto de la sociedad, es un rasgo distintivo fundamental del movimiento marginal, ya que esa espontaneidad y dinamismo es una característica frecuente de su actuar. Al respecto, la idea desarrollada por Salazar (1999) que los sujetos no “son” sino que “están siendo” calza perfectamente con la formas constitutivas de la masa marginal y los sujetos marginales. Por esta razón es que desde las perspectivas estructuralistas e institucionalistas, la masa marginal no posee la posibilidad de constituirse como actor de cambio, ya que su permanente espontaneidad y fluidez le resta capacidad para instaurarse como referente social. No obstante, el mismo Salazar (1999) define que bajo una mirada más bien historicista, es este dinamismo el que funda la identidad y que esto se traduce en una *“dialéctica del accionar social que diversifica las experiencias, percepciones y modos de representación de la vida social, todo lo cual influye en la constitución de identidades y culturas heterogéneas”* (p. 94).

Por consiguiente, podemos deducir que la masa marginal urbana se constituye sobre la práctica cotidiana y que esa característica es la que mayormente define el horizonte de su plano identitario. Por otro lado, los sujetos que la conforman tienden a diversificarse de manera múltiple en sus espacios locales, en muchos casos en contraposición a las formas tradicionales de acción social. Esto se ve reflejado en que los mecanismos de acción política que se utilizó el mundo marginal en sus comienzos, contrastaba profundamente con las formas institucionales de participación política:

partidos políticos, sindicatos, gremios, participación electoral. Al contrario, se utilizaron métodos violentos y el uso de la fuerza como herramienta política que se ponía en práctica por medio de tomas de terreno, a través de organizaciones insurreccionales o directamente de delincuencia, en enfrentamientos directos con la autoridad o la policía, etc. (Baño, 2004). Más aún, desde el movimiento popular-marginal urbano se crítico sistemáticamente a ciertas organizaciones obreras del mundo popular en el proyecto desarrollista chileno de los años 60's impulsado para las clases medias, ya que se asumía era una forma de "aburguesamiento" (Baño, 2004).

Todo lo señalado anteriormente pretende describir la forma en que los sujetos marginales y la propia masa marginal fue constituyéndose como tal, es decir, la forma en que fueron forjando desde sus propios límites sociales una identidad social y prácticas políticas que les permitieron irrumpir en la sociedad y gestar pequeños cambios sociales. Ahora bien, queda en duda la posibilidad efectiva que esas acciones políticas que están siendo permanentemente respaldadas por un dinámico proceso socio-cultural pudiesen ser referentes de cambio histórico.

En este sentido, resulta de relevancia nombrar dos corrientes que otorgan dicha condición al colectivo marginal urbano. La primera de ellas, fue descrita y nombrada por Baño (1982) como de tipo "socialista activista", y situaba al sujeto marginal como un agente de cambio dada su condición de relegado social que lo incitaba a ser *"una fuente casi segura de contestación radical, por tanto, un sujeto histórico privilegiado, a lo menos en términos del movimiento más inmediato de la sociedad"* (p. 60). Se vinculaba entonces el nivel de radicalismo al posible nivel frustración social que exhiben los marginales, de modo que por medio del descontento social histórico que acumula la masa marginal se podría hacer efectivo el cambio social. Baño crítica esta visión "activista", esencialmente, porque se asume de hecho una cierta "adjetividad" política a la masa marginal que resulta inapropiada al restar posibilidades de elaboración política propia:

*"(...) es relativamente claro que la positividad que él (socialismo activista) le otorga a la masa marginal es de naturaleza política adjetiva. En el fondo, la masa marginal es de naturaleza política adjetiva. En el fondo, la masa marginal vale por una supuesta agresividad y un coraje ilimitado –dado que son realmente aquellos que nada tienen que perder- y no porque sea portadora de contenidos de conciencia y orientaciones originales, que pueden enriquecer la vida social"* (p. 67-68)

En relativa concordancia con esta crítica, se sitúa la segunda corriente que le otorga cierta condición de sujeto histórico al sujeto popular-marginal urbano. Esta corriente se manifiesta en las ideas elaboradas por Gabriel Salazar (1999-2002) donde el sujeto marginal está inserto en el proyecto popular-social nombrado en el capítulo anterior. Para Salazar (1999), existe dentro de las prácticas habituales de los sujetos populares o marginales la aplicación histórica de un proyecto popular que es por naturaleza contra-hegemónico. Dicho proyecto se nutre de las vivencias y valores de los sujetos populares comunes que desde sus relaciones societarias configuran perspectivas de cambio social:

*“(...) ellos pudieron no haber levantado discursos ni organizaciones estables, pero de su experiencia cotidiana y de sus aspiraciones como personas nació una conciencia, una identidad y un proyecto histórico que, aunque tal vez confuso, siempre ha estado latente en el mundo popular. Las palabras y los sueños de los pobres representan ese proyecto en términos de una <<sociedad mejor>>, mejor en cuanto a los valores que sustenta (sencillez, autenticidad, hospitalidad, camaradería, comunidad, esfuerzo y, sobre todo, solidaridad) y que por su contenido humanos son lo opuesto al individualismo y la desintegración social promovidos por la modernidad liberal”. (p. 95)*

La materialización de estas experiencias descritas por Salazar, en muchos casos, tomó forma de grandes organizaciones populares-marginales urbanas, principalmente, en las poblaciones a través de grupos de subsistencia, cordones sociales, agrupaciones de derechos humanos, colectivos populares o pequeñas células insurreccionales; y todas influyeron de alguna u otra forma en la resistencia popular a la dictadura militar en Chile durante las décadas de los 70's y 80's. Dicha movilización política y social, desmiente la “pasividad” histórica a la que han sido objeto los sectores marginales. Inclusive, se señala que estas experiencias socio-políticas populares locales e identitarias fueron capaces de congregarse un proyecto de autonomía social, mostrando también ciertos rasgos potencialmente revolucionarios en la acción social desde la marginalidad, ya que logran una acción pro-autoafirmación del proyecto social, por sobre la negación política a la que ha estado tan acostumbrado el movimiento social en general (Salazar, 1999 y 2006).

En síntesis, podemos afirmar que la historicidad de los sujetos populares-marginales urbanos si bien es un tema que ha sido permanentemente cuestionado, las experiencias históricas que se han forjado desde la marginalidad demuestran que existe

construcción de acciones políticas, memoria colectiva, unidad de resistencia y elaboración de un proyecto social que se mantiene vivo hasta el día de hoy. La identidad y vigencia de ese proyecto popular siempre va a estar dada desde la pobreza y la dominación, esos son los tópicos que mayormente nutren a la masa marginal urbana de una plataforma social sobre la cual su identidad se manifiesta, a veces de manera estructurada otras veces no; sin embargo, es esa capacidad de dinamismo, de espontaneidad, heterogeneidad y de permanente transformación la que permite que pueda expresarse como cambio social.

#### **IV. Consideraciones Finales. *Sujeto popular-marginal urbano, proyecto popular y perspectivas actuales***

La posibilidad de situar al mundo marginal y, específicamente, al sujeto popular-marginal urbano como un actor de cambio social que lleva en sus prácticas cotidianas la acumulación histórica de un proyecto popular, reposiciona al “bajo pueblo” no sólo desde sus aparentes categorías de “adjetividad” política como lo definiera Baño (1982) en su crítica al “activismo”, sino que lo constituye como una realidad manifiesta y dinámica de articulación de sus propios horizontes sociales y políticos. En este sentido, la aplicación del proyecto popular necesariamente debería traducirse en prácticas contra-hegemónicas al capitalismo, a pesar de las imposibilidades “estructurales” que poseen los marginales para poder superar la inmediatez de sus propias demandas sociales.

Ahora bien, el escenario actual que provee el capitalismo ha golpeado de manera significativa las relaciones que antiguamente poseían los marginales, por ejemplo, con el lugar de su acción social, la *población*. Principalmente, porque los procesos de disgregación social llevados adelante por el neoliberalismo tanto en materia laboral-económica como social, han imposibilitado aún más la capacidad organizativa de los sujetos populares-marginales, a tal punto que hoy en día Wacquant (2001) postula que “*estos enclaves están dejando de ser lugares para convertirse en espacios de supervivencia de aquellos relegados*” (p. 25).

Sin embargo, la experiencia histórica nos demuestra que el sujeto marginal-popular urbano se encuentra en permanente cambio, que siempre “está siendo”, y tal vez sea necesario hurguetear aún más en el mundo de la marginalidad urbana para poder encontrar las actuales dinámicas de organización o las micro-acciones políticas que nos muestren las bases actuales del proyecto de resistencia popular-marginal.

## V. Bibliografía

Baño R. (1982). El proyecto popular alternativo en la historia reciente de América Latina. En *Documento de trabajo programa FLACSO-Santiago de Chile*, 163, 45-72.

Baño R. (1985). *Lo social y lo político, un dilema clave del movimiento popular*. Santiago: Ediciones Ainavillo.

Baño R. (2004). Los sectores populares y la política: una reflexión socio-histórica. En *Política*, 43, LOM Ediciones. p. 35-55.

Barros P., De los Ríos D. y Torche F. (1996). *Lecturas sobre Exclusión Social*. Santiago: Ediciones de la Organización Internacional del Trabajo.

Calderón F. y Jelin E. (1987). Clases sociales y movimientos sociales en América latina: perspectivas y realidades. En *Proposiciones*, 14. Sur Ediciones. p. 173-189.

Dávila O. (1997). *Acción colectiva popular: entre los claroscuros de la integración y la humanización*, [en línea]. Viña del Mar: CIDPA. Disponible en <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=19500703> [2009, 3 de Julio].

Dubet F. (1987). Las conductas marginales de los jóvenes pobladores. En *Proposiciones*, 14. Sur Ediciones. p. 94-100.

Enríquez P. G. (2007). *De la marginalidad a la Exclusión social: Un mapa para recorrer sus conceptos y núcleos problemáticos*, [en línea]. Argentina: Universidad de San Luis. Disponible en <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2484048> [2009, 29 de Junio].

Garcés M. (2004). Los movimientos sociales populares en el siglo XIX: balance y perspectivas. En *Política*, 43. LOM Ediciones. p. 13-33.

Illanes M. A. (1994). Marginalización y des-marginalización en el movimiento popular. En *Proposiciones*, 24, Sur Ediciones. p. 220-225.

LE MONDE DIPLOMATIQUE (2007). *Marginalidad, juventud, miedo represión...Violencia Urbana*. Santiago: Editorial Aún Creemos En Los Sueños.

Marx K. (1980). *El capital. Crítica de la economía política*. Madrid: Editorial Siglo XXI.

Romero L.A. (1990). Los sectores populares urbanos como sujetos históricos. En *Proposiciones*, 19. Sur Ediciones. p. 268-278.

Salazar G. y Pinto J. (1999). *Historia contemporánea de Chile: Actores, identidad y movimiento*. Santiago: LOM Ediciones.

Salazar G. y Pinto J. (2002). *Historia contemporánea de Chile: Niñez y juventud*. Santiago: LOM Ediciones.

Salazar G. (2006). *La violencia política popular en las "Grandes Alamedas"*. Santiago: LOM Ediciones.

Tironi E. (1987). Marginalidad, movimientos sociales y democracia. En *Proposiciones*, 14. Sur Ediciones. p. 9-20.

Touraine A. (1987). La centralidad de los marginales. En *Proposiciones*, 14. Sur Ediciones. p. 214-224.

Wacquant L. (2001). *Parias urbanos: Marginalidad en la ciudad a comienzos de milenio*. Buenos Aires: Editorial Manantial.